

◇ CAPÍTULO 4

La ciudad y el lenguaje: trayectorias y puntos de vista de dos hablantes en Santiago¹⁴

Juan C. Godenzzi

Université de Montréal

1. Introducción

La ciudad es una entidad material y una construcción socioeconómica, pero también es un relato que permite articular a ambas (Morin 197). De ahí la pertinencia de prestar atención tanto a lo que los habitantes de la ciudad dicen sobre ella, como a la modalidad lingüística en que lo dicen. Pensar la ciudad y el lenguaje a partir de la propia experiencia hace emerger otro tipo de reflexión sobre la ciudad y sobre la actividad del lenguaje, que puede entrar en diálogo con el urbanismo de los urbanistas y la lingüística de los lingüistas. Con esta idea en mente, este artículo pretende averiguar cómo expresan los hablantes su experiencia de habitar en medio de la ciudad y del lenguaje.

Luego de exponer el marco teórico y metodológico, se presentan y describen los recorridos y puntos de vista de dos residentes de Santiago de Chile: Hernando, migrante mapuche; y Sara, joven perteneciente a un grupo privilegiado. Finalmente, y antes de concluir, se hace un análisis e interpretación, buscando explicitar el modo en que la vida urbana se imbrica y entrelaza con la actividad del lenguaje.

2. Marco teórico y metodológico

Hace varias décadas, Merleau-Ponty cuestionó la separación dicotómica que la lingüística moderna había establecido entre *lengua* y *habla*, así como la idea de que la experiencia del habla no tiene nada que enseñarnos sobre el “ser del lenguaje”; y más bien afirmó: “En cuanto distinguimos, junto a la ciencia objetiva del lenguaje, una fenomenología del habla, ponemos en marcha una dialéctica por la que ambas disciplinas entran en comunicación” (140). La lengua del lingüista también está integrada en cada hablante, con las particularidades que cada hablante le añade, lo que constituye “una nueva concepción del ser del lenguaje, que ahora es lógico en la contingencia, un

14 Este artículo es una versión revisada y modificada del que apareció en francés en la revista *Tinkuy. Boletín de Investigación y Debate* no. 25, 2020, págs. 60-74.

sistema orientado, y que sin embargo siempre elabora el azar, recogiendo lo fortuito en una totalidad que tiene sentido, lógica encarnada” (142). En lugar de oponerse a la lengua, el habla “es ese momento en que la intención significativa, aún muda y en acto, se muestra capaz de incorporarse a la cultura, a la mía y a la de los demás” (149). En esta misma perspectiva, se ha señalado que considerar la tensión entre las formas o estructuras, por un lado, y la experiencia, por otro, resulta muy fecundo en el campo de la filosofía y de las ciencias sociales, porque se hace trabajar conjuntamente dos regímenes de inteligibilidad (Descola 727). En definitiva, esta concepción fenomenológica del lenguaje hace posible insertar la lengua de los lingüistas en el habla de los hablantes, así como la estructura de la lengua en la experiencia urbana de los habitantes de la ciudad. El hecho de “volver al sujeto hablante” permite así resituar la estructura en el ecosistema de la actividad lingüística.

Los datos en los que se basa este estudio se recopilieron en Santiago de Chile en 2016. La ciudad está compuesta por 35 comunas socialmente diferenciadas: pueden distinguirse *grosso modo* tres zonas: la zona A, con comunas habitadas por grupos privilegiados (Las Condes, Vitacura, Lo Barnechea); la zona B, con comunas habitadas por clases medias; y la zona C, con las comunas de los grupos desfavorecidos. Para efectos de este artículo, se han elegido a dos hablantes: Hernando, que vive en la zona C (San Bernardo), y Sara, que vive en la zona A (Las Condes). La entrevista con cada uno de ellos duró aproximadamente 60 minutos. Cada hablante fue invitado a hablar de su propia trayectoria vital y de su actual experiencia urbana y lingüística.

3. Un migrante mapuche en Santiago

Hernando, que tenía 49 años en el momento de la entrevista, nació en una comunidad mapuche de la región de la Araucanía (IX Región), en el sur de Chile. De niño fue criado por sus dos abuelas, que solo hablaban mapudungun, la lengua del pueblo mapuche. Tras asistir a la escuela primaria en su comunidad, tuvo que dedicarse más a la agricultura. Debido a la escasez de tierras y ganado, y al bajo precio de los productos agrícolas, Hernando se vio obligado a abandonar su comunidad para buscar trabajo en la capital. Al llegar a Santiago, con un nivel bastante básico de español, trabajó primero en el sector de la construcción, antes de convertirse en empleado de servicios en una universidad. Cuando los estudiantes y profesores de la universidad descubrieron que hablaba mapudungun, le invitaron a enseñar la lengua y a recibir clases de gramática. Aprendió el método de enseñanza de segundas lenguas y, con la ayuda de jóvenes estudiantes, ahora ofrece cursos de mapudungun en varias instituciones, incluidas tres universidades. Se ha convertido así en profesor y también en activista por la revitalización del mapudungun. Tiene ocho hijos y vive en el barrio popular de San Bernardo, donde no se siente muy cómodo debido al clima de inseguridad reinante. Dice que le gustaría volver a su comunidad, pero que no están dadas las condiciones para hacerlo.

En el extracto (1), Hernando relata su trayectoria sociolingüística. Al principio, en el seno de su familia, solo hablaba mapudungun. Dentro de su comunidad, comenzó a estar expuesto a un tipo particular de español, lo que él llama “un español muy campesinado”, resultado de la propia creación de los mapuches:

(1) En mi niñez yo era monolingüe. No sabía... no... no... mis dos abuelas que me criaron solamente... ellas eran mapuches monolingües. Claro, no sabían español. Bueno, eh... yo aprendí el español en el contacto. Lo poco y nada que se sabe, ¿cierto? Y porque era una comunidad, eh... se habla un español igual muy básico. Un español muy campesinado. Hasta puedo atreverme a decir que ellos hacen su propio... propio... propia creación para hablar un español

A temprana edad, descubre que las lenguas no tienen el mismo valor social e institucional. Esto queda claro cuando relata lo que sucedió cuando empezó la escuela, un lugar donde el mapudungun estaba prohibido:

(2) Yo estudié cuando había [...] un colegio [...] en la comunidad donde yo vivo y... a ver... eh... ahora me doy cuenta de que fue una... que el estado chileno por ejemplo... [...] no es que se haiga dado cuenta, sino que eh... no preparó bilingüe, profesores bilingües para que enseñaran los dos idiomas, español y mapuche. [...] Y fue terrible complicado eso para mí porque [...] no avanzaba en mis estudios, [...] ¿no? tenía otro... otro concepto, otro chip como se dice la gente

Tras llegar a Santiago, tuvo que adaptarse primero a la forma de hablar de los obreros de la construcción y después a la modalidad lingüística académica. Como resultado, se encuentra transitando por al menos tres modalidades de español: el que se habla en el campo, el que hablan los trabajadores y el que hablan los «académicos» universitarios. Su movilidad migratoria y profesional ha provocado cambios lingüísticos de los que es muy consciente, afirmando que la lengua “se habla de acuerdo al territorio”:

(3) La migración mapuche en la ciudad no es casualidad, sino es que las usurpaciones, la pobreza, ¿no es cierto? Nos arrinconaron y nos dejaron un pedacito de tierra [...]. [...] me vine a trabajar a Santiago en una construcción. Y cuando llego a la construcción eh..., el lenguaje también eh... es otro lenguaje, otro lenguaje del español. Otro lenguaje del español que yo no escuchaba en el campo. Claro, porque [...] la lengua se habla de acuerdo al territorio, igual. En todas las lenguas como... como... la lengua mapuche como de cualquier idioma, se habla territorialmente. [...] Hablaban como parábola [en la construcción], una palabra así para decir otras cosas. Como decir, estaba trabajando un maestro y dice: “mire este, lorea, lorea cómo lo está haciendo. Lorea mire”. Y entonces llegáis acá... no podís hablar así po... es la univervdad. Entonces son tres lenguajes diferentes que yo alcancé... que yo... que yo conozco. “Putá que estáis, estáis grande vos”, ¿ah?, en el campo, “puta que estáis grande”, ¿ya? [...] Y... en la construcción “shhhh que ha crecido”, “shhhh que ha crecido” y le pone el shhhh

Desde su experiencia, Hernando expresa asimismo que “la lengua es comunidad”, es decir, una actividad histórica y social particular, y que el acto de hablar genera vínculos comunitarios.

Para él, hablar mapudungun con algunos aprendices de mapudungun en Santiago significó crear una nueva pequeña comunidad, como menciona en (4). Sin embargo, el poder integrador de la lengua puede ser bloqueado por una “barrera económica”, particularmente entre los migrantes mapuches y el grupo que vive en los barrios acomodados de la ciudad, tal como aparece en el fragmento (5):

(4) [...] todo ser vivo tiene un lenguaje y... y la lengua es comunidad. Claro, o sea que si... por ejemplo, yo aquí hice comunidad, aquí no se hablaba mapuche... porque es una universidad, ¿ah? No le... [...] para ellos el mapudungun era historia en el baúl del recuerdo, eran los mapuches esos hablaban, esos bailaban, esos comían, ¿ya? Y luego y digo: “no, los mapuches sentimos, nosotros hablamos, [...] tenemos nuestro lenguaje, tenemos nuestra cosmovisión, nuestra lengua”. Entonces los niños... nadie decía “*mari mari*”, es decir, “hola” en mapudungun. [...] Y hoy día todos los que están en el curso, me ven acá y me dicen “*mari mari, peñi*”. ¿Por qué? Porque yo hice comunidad

(5) E¹⁵: ¿Qué parte de Santiago conoce?, ¿conoce todo Santiago usted?

H: Eh, sería mentiroso si dijera que sí porque hay lugares que nosotros no entramos. ¿Por qué? Por la barrera económica. [...] aquí hay lugares parcializados, ¿ya? Por, por el socioeconómico, intelectual y todo.

E: ¿Qué lugares o qué comunas o qué barrios no conoce?

H: Como el Barrio Alto, por ejemplo

E: ¿Ese es de clase alta?

H: Clase alta. Y ellos por socioeconómico, intelectualmente son... viven en su mundo. [...] Y hay islas lingüísticas también. Porque existe esto. Hable para conocerte, para saber si [...] puedo ser tu amigo

La convivencia entre chilenos y migrantes extranjeros es también una ocasión para establecer nuevos vínculos, o para no hacerlos. Hernando se refiere a la divertida forma en que comienzan a forjarse lazos sociales entre haitianos y gente de barrios populares, lo que le lleva a decir que “el que habla fecunda”, mientras que “el que no habla muere”:

(6) E: He visto [...] que hay mucho haitianos ahora, ¿no?

H: Claro eh, mire, lo mismo que le iba a comentar un poco eh... el que habla fecunda, ¿sí? El que habla fecunda, y el que no habla muere. Resulta que yo conozco un vecino haitiano, y es bueno pa conversar, es bueno para transmitir su lenguaje y de repente gente de la población saliendo y diciendo “*masisi*”, “*masisi*”

E: ¿Qué significa?

H: Maricón, ¿ah?, ¿se da cuenta? Y como a la gente le encanta la insolencia, le encanta eso

y todos gritando en calle, y cuando ven un haitiano: “*masisi*”, pero no lo hacen por [...] despectivo, sino... no sé, entonces es una cosa que... que... he estado pensando y mire me

dije: “es increíble cómo es la lengua... increíble”. Y yo pregunté, le pregunté: “¿qué significa *masisi*?” “¿Significa que soy gay?” [...] Pero, ¿se da cuenta? Y él empezó a difundir su lengua y a hablar, ¿no es cierto? Aunque sea con insolencia, pero, pero quiere él marcar espacio en el... en la vida del ser humano

4. Una joven de clase acomodada

Sara nació en Santiago. En el momento de la entrevista tenía 26 años. Cuando apenas tenía 4, su familia se trasladó a Osorno, en el sur de Chile. Más tarde, cuando tenía 17 años, su familia regresó a Santiago. Pertenece a una familia privilegiada y sus actividades se desarrollan en los barrios altos de la ciudad. En 2016, cursaba la carrera de Diseño Gráfico en la Universidad Católica y planeaba hacer un máster en el extranjero. Además de español, habla francés e inglés. Ha visitado varios países de Sudamérica y Norteamérica, además de Europa, e incluso China.

Para Sara, hablar significa hacer algo nuevo, decir algo que nunca se ha dicho antes. Los hablantes “crean un nuevo lenguaje”. Y si todos los intercambios lingüísticos son creativos, es natural que exista una gran diversidad de formas de hablar: pluralidad de variantes según los grupos, incluso variantes en un mismo hablante. Esto se expresa en (7):

(7) E: Todos los seres humanos hablan, pero ¿por qué hay como seis mil, siete mil lenguas en el mundo? ¿Cómo te explicas la diversidad de lenguas?

S: No sé, qué difícil [risas]

E: Haz tu hipótesis

S: Yo creo que... con el afán de querer siempre explicar las cosas, siempre hay algo nuevo que uno quiere explicar o expresar, entonces van a estar siempre ... como inventando estas palabras nuevas, y en relación a la otra persona uno siempre está creando lenguaje nuevos también. Yo tengo amigas con las que nos comunicamos de manera distinta que con otras, o las personas en pareja también se comunican de manera distinta entonces, si eso es de chi... o sea, desde a dos personas hasta de arriba. Yo creo que de ahí como que la gente es creativa entonces es como normal que, que hayan tanta variantes me imagino. [...] yo creo que la misma persona tiene variantes de su propio lenguaje. [...] porque hay veces, y uno tiene que estar todo el tiempo como, como siendo creativo. Entonces uno quiere decir algo, pero no quiere que el otro sepa, o que no escuche todo lo que uno dijo, pero que, o que entienda alguna parte, pero no entienda todo, entonces cómo lo digo y [risas]. También uno no se da cuenta de estar pensando todo eso, pero sí lo está haciendo

Sara observa que cada grupo tiene su propia forma de vestir, de dirigirse a los demás, de decir las cosas o de dar un tono a su discurso, tal como se expresa en (8). Estas diferencias suelen clasificarse bajo etiquetas, como es el caso de *cuico* y *flaite*, que Sara define en (9):

(8) E: ¿Notas que la gente también en Santiago habla de maneras distintas?

S: Sí, y que me reconocen a mí como distinta cuando llego a otro lugar. [...] A veces no sé si

es porque también uno es mujer o porque, o por cómo me visto, pero por la manera de hablar, me tratan más de señorita y muy educados, entonces al tiro entablan un trato en que, como que uno fuera más delicada, [riendo] entonces parecía, entonces yo trato de ser más educada y, y no faltar el respeto y, y de tratar de ser respetuosa, no sé

E: Ya ya. ¿Y en qué radicaría la diferencia en esas maneras de hablar? ¿Son palabras nada más?

S: Uhm, son palabras, pero los tonos [...] la, la forma de ser más directa, o menos directa a decir la cosas, también

(9) En el caso de “cuico” es algo que está asociado con la clase alta. Ehh, con no sé, con personas de altos recursos, pitucos, eh, de muy buena educación, eh, que pueden ser muy pretenciosos, más soberbios, eh muchas veces asociados a gente de derecha, no sé. Y que todo eso tiende a asociarse en Chile, y que estamos segregados con... o sea con barrios donde se vive, universidades donde se estudia, colegios donde estudiaste, ropa que usas, gente con la que te juntas. Y es lo mismo el “flaite” es, es como, no es exactamente el pobre, porque no es, no es justamente el antagonista del “cuico”, no, porque una persona puede ser pobre pero no necesariamente ser “flaite”. El “flaite” es como, ya la persona de más bajos recursos, pero que tiene una actitud, que es el que va a robar, o que es medio violento, él que anda con el cuchillo, él que te va a asaltar y te va a robar en la micro, él que anda rayando cosas de la calle, el que va a las marchas y te roba cosas, él que tira piedra en la marcha, ese es como... Entonces “flaite” tiene una connotación negativa, como por, como el oportunista, el violento, no necesariamente el pobre

Ninguno de estos grupos es completamente homogéneo. Uno puede ser cuico o flaite en diferentes grados y de diferentes maneras. Entre los cuicos, por ejemplo, hace unos años surgió una tribu urbana de chicas conocida como *peloláis*¹⁶. Esto es lo que Sara cuenta al respecto:

(10) Las “peloláis” partió porque eran, que todas las niñitas a veces uno, que no son necesariamente los “cuicos”, porque los “cuicos” como todos tienen plata pero... Era que como algunas de estas niñitas que eran las más bonitas todas tenían el pelo rubio porque como ya sabrás en Chile las clases sociales están segmentadas por cómo se ven las personas. Entonces todas parecen ser europeas o estadounidenses. Son todas rubias. Y de pelo liso hasta el piso y todas parecen modelos, entonces parte por el pelo liso de las “peloláis”. Entonces ahora se asocia ser “peloláis” con ser “cuico”, ser bonita, y ser un poco hueca, también

Cuando Sara regresó a Santiago tras pasar su infancia y adolescencia en Osorno, le chocaron los marcadores de estratificación que regían el comportamiento de los grupos pertenecientes a la élite. Dentro de esta esfera, se dio cuenta de que las formas de comportarse o de hablar que no se ajustaban a las normas provocaban irritación o sanción:

(11) la gente tenía un trato muy distinto, ehh porque había mucho, mucho más ehhh, como prejuicios y, y clases, y, y formas estructurados de ser, y grupos separados, y forma establecidas en cómo la gente tenía que comportarse, y cómo no, y con quién juntarse, y con quién no,

16 El *Diccionario de americanismos* de la ASALE define así el término “peloláis”: “Referido especialmente a una mujer joven, que sigue una tendencia caracterizada por el uso del pelo largo y muy liso, y por modos propios de la juventud de clase alta”.

cosas así que en Osorno no pasaban. [...] en Osorno hablábamos de una manera muy, o sea que, nos molestaban en Santiago, a mí y a mis amigos de Osorno, por las palabras que usábamos, y además porque entre mis compañeros de Osorno [riendo] hablábamos de una manera particular que, que solamente hablamos con nuestros amigos y que tonces nos costó más cuando... que no, acá nos molestaban, en Santiago

Sara relata que su grupo social no utiliza la palabra ‘cenar’ ni la expresión “tomar once”, sino “comer” y “tomar té”, respectivamente. En cuanto a la pronunciación, dice que los grupos privilegiados prefieren pronunciar [tʃ], por ejemplo, Chile [tʃile] u ocho [otʃo], mientras que los sectores populares prefieren “Shile” [ʃile] u “osho” [oʃo]. Lo expresa de este modo:

(12) A mí me sale la “tch”, que es de “cuico”, “tchilenos”. [...] es como de... más “flaite”, el “osho”. Y el “otcho” es de más “cuico”

Los grupos pueden adoptar algunas locuciones particulares. Es el caso de “como que”, expresión utilizada por las jóvenes cuicas y que, según Sara, es calco semántico del inglés:

(13) ¿Sabes qué es lo que me he dado cuenta últimamente? Que todas mi amigas hablan con el “que”, se nos quedó pegado el “que”, el “como que”. [...] Y eso, es viene del, he visto que los ingleses, o sea los de Est..., los gringos dicen “like” todo el tiempo. Te están hablando y dicen [imitando] “I’ve been like”, “like”, entonces es que todo el tiempo... [...] tonces que todo que todo lo que están diciendo se relativiza, porque tóo pasa a ser un “como que” pero nada “es”. “Como que fui a una fiesta”, “como que no me gustó”. ¿Pero fuiste o no fuiste a la fiesta? ¿Pero te gustó o no te gustó? Pero y es todo, ¡y es impresionante! Se nos pegó a todos. O sea a mí también se me pegó un tiempo. Tuve que, tuve que conscientemente dejar, eh... y presentaciones de taller, reuniones, todos hablando así. [...] “Como que”, y yo no sé cuál fue, qué es el efecto pero, pasó a ser que todo el discurso, o sea además que la persona estaba hablando mal [risas], porque no estaba estructurando, independiente de las palabras que use, y que tal vez puede ser que, eh... que claro, puedo usar “cenar” o “comer”, pero el discurso está estructurado. Acá no, perdía el hilo. Entonces yo empecé, empecé a desesperarme, y ya no podía escuchar una historia entera. Yo a la L. No la podía escuchar hablando, porque usaba el “como que” cuarenta y ocho veces en una sola frase y a mis amigas también. Entonces fíjate, porque es raro ese fenómeno. [...] Es una muletilla. [...] no estás comparando nada. Pero se ha usa todo el tiempo y viene del “like”, en los gringos que lo usan todo el tiempo también, los gringos ¿no? lo, los gringos

En las interacciones cara a cara, y en función del grado de proximidad o de las relaciones jerárquicas entre los interlocutores, las formas de tratamiento pueden variar, como sugiere Sara: el voseo verbal (¿cómo estái?) corresponde a una relación muy cercana y horizontal; el “tú”, a una relación horizontal; el “usted”, en cambio, puede corresponder a una relación respetuosa, distante o asimétrica:

(14) E: Tú dices “¿cómo estái?”

S: Sí. [...] o sea, cuando, cuando yo tengo un poquito de confianza, porque igual soy confianzuda, ya parto con el “¿cómo estái?”, pero si es primera vez que conozco a alguien o en una tienda, o estoy tratando con un cliente, no, ahí no. [...] El “usted” siempre me complica,

nunca sé cuándo usarlo. A veces lo uso en la misma frase le digo “tú” y “usted”, y me paso de uno al otro, tonces con mi suegra nunca sé cómo decirle. Me, me complico siempre

Cuando el lenguaje se utiliza para discriminar socialmente, no siempre lo hace de forma explícita, sino de forma velada o eufemística, como expresa Sara en (15) en el caso de los cuicos hacia las personas de grupos desfavorecidos. Pero la discriminación se da en todos los niveles de la escala social y de diferentes formas. En (16), Sara describe la lucha por el empleo entre los trabajadores chilenos y los migrantes externos, en particular los haitianos:

(15) Yo creo que... se usa mucho acá el... y sobre todo aquí en Chile... Yo creo que como las cosas nunca se dicen de manera directa, el lenguaje es clave, porque se usa mucho eufemismo todo, entonces acá... en vez de la... y la gente como de más poder o tergiversa los discursos en vez de asumir... Ay, el pobre no dice nada, Ay, él, que es más humilde, él, que tiene una casa más pintoresca. Pero y tonces tratan con eufemismos de, de parecer simpáticos y empáticos, pero en verdad no lo están siendo. Entonces es como doble discurso, que no aporta, pero no sé, no se asume, [riendo] entonces con el lenguaje manipulan la situación

(16) E: Leí en alguna parte un artículo que decía “Santiago está cambiando de piel”, en el sentido de que ahora hay más gente de otros sitios

S: Ah claro

E: Eh ¿[...] tú te has dado cuenta de eso, a través de tus, de los años?

S: Sí, es bacán. Como me toca mucho moverme, por, por to, por distintas comunas, ehh, por lo que te decía antes. He visto sobre todo este año, la cantidad de gente de otros países, es *heavy*. Entonces yo lo encuentro bacán, como ahora está lleno de haitianos, de colombianos, venezolanos, eh, sobre todo como en el área de servicios y construcción, que son donde me muevo entonces, eh, es bacán, pero también me da susto, como veo que se está enfrentando po, entonces por ejemplo voy a barrios que son de trabajadores, no sé del cuero, y donde están llegando muchos haitianos a trabajar; y como están trabajando mejor, echan a los chilenos, y traen, los contratan a ellos, entonces aparte los chilenos se empiezan a enojar, entonces después veo afiches pegado en la calle como, [imitando] “negros, váyanse” no sé qué. Y me enoja y los [riendo] empiezo a borrar porque me dan rabia. Pero me parece bien que empiece a mezclarse más, pero me da susto que... que... no los reciban bien, como ojalá que se maneje mejor de lo que parece que está manejando ahora.

5. Análisis e interpretación

Los testimonios de Hernando y Sara muestran que conciben el lenguaje como una práctica social en la que las experiencias de desplazamiento y movilidad urbana son inseparables de la experiencia de hablar y de la forma de hacerlo. En lo que sigue, sobre la base de esos testimonios, se analizan las características de la ciudad, del hablar y de la imbricación lenguaje-ciudad.

5.1. La ciudad

Hernando ofrece su visión de la ciudad. Para él, la ciudad es un conjunto fragmentado que impide la movilidad cotidiana de un individuo o un grupo. Las barreras son económicas, sociales y culturales. Los grupos o clases sociales “viven en su mundo” (5), por lo que la ciudad puede verse como una yuxtaposición de mundos o como un archipiélago con numerosas “islas lingüísticas” (5). Gracias a su trabajo, y a pesar de todos los obstáculos, ha logrado comprar una modesta casa en San Bernardo, un barrio donde conviven personas de distintas regiones chilenas y migrantes extranjeros, y donde se están forjando vínculos sociales y culturales. A pesar de ello, Hernando considera que su entorno en San Bernardo es hostil y peligroso por la delincuencia y la violencia, hasta el punto de que le gustaría abandonar Santiago y volver a su comunidad. La tensión entre lugar de origen y lugar de residencia es parte de la condición migrante, como señalan Antileo y Alvarado en referencia a la migración mapuche a Santiago: “Pareciese que en el imaginario mapuche convivieran dos territorialidades nostálgicas: la del sur despojado y la de la ciudad intervenida” (Antileo & Alvarado 154). En definitiva, para Hernando, la ciudad aparece como un espacio de convivencia donde se construyen solidaridades y, a la vez, como un espacio de divisiones y conflictos sociales; como un espacio de oportunidades, pero también de amenazas e inseguridad.

Para Sara, la ciudad es un espacio altamente codificado. Señala que las personas de entornos privilegiados están fuertemente marcadas por normas y prejuicios sociales; que se han construido categorizaciones para distinguir y jerarquizar grupos sociales; y que cada uno de estos se articula por una red de asociaciones heterogéneas. Así, por ejemplo, la noción de *cuico* engloba la asociación de una persona con la pertenencia a una clase social alta, un barrio elegante, alta escolaridad, un colegio o universidad de prestigio, el tipo de ropa que lleva, el tipo de gente con la que se relaciona, una opción política de derechas, cierta afectación, actitud altiva. El término *flaite*, por su parte, deriva de la asociación de una persona con una clase social desfavorecida, poca escolaridad, un barrio de clase trabajadora, un comportamiento pendenciero y una actitud transgresora y violenta. Las *peloláis* son chicas jóvenes asociadas al grupo cuico, a barrios de clase alta, a la delicadeza y la belleza, al pelo largo, liso y rubio y a la frivolidad. En su movilidad cotidiana, Sara sale a menudo de su barrio chic y observa la presencia creciente de inmigrantes procedentes de Colombia, Venezuela o Haití, sobre todo en los barrios habitados por la clase trabajadora (servicios, construcción, cuero, etc.), lo que contribuye, según ella, a crear una sociedad más mixta, abierta y multicultural, pero también a generar tensiones, discriminación y conflicto, como simboliza el cartel que observa y menciona en (16): “Negros, váyanse”. La ciudad se le aparece así a Sara como un espacio donde se construyen asociaciones heterogéneas, lingüísticas y no lingüísticas, para marcar la vida social; y también como un espacio con sectores muy densos y diversos donde surgen constantemente los problemas de la traducción intercultural, la lucha por el empleo y los acomodos no conflictivos.

5.2. El lenguaje

Hablar es a la vez una actividad creadora y estructurante. El análisis de los fragmentos (1) y (7) nos lleva a afirmar que hablar es una actividad creadora y, a la vez, estructurante, lo que implica que la *lengua* no es un código externo al habla, sino algo dinámico dentro del propio hablar. De hecho, en (7), Sara sugiere que hablar es una actividad que se renueva constantemente (“en relación a la otra persona uno siempre está creando lenguaje nuevos”), encontrando así que la variación y el cambio en el lenguaje no son una anomalía, sino más bien una consecuencia de esta actividad creadora (“la gente es creativa, entonces es como normal que, que haya tanta variantes”). Surge una idea clave: no hay dicotomía entre habla y lengua; la lengua es el aspecto sistemático del habla. Esta misma idea la encontramos en Hernando. En (1), se refiere a la forma en que los campesinos de una comunidad mapuche hablan español: dado que dominan poco los recursos lingüísticos del español (“lo poco y nada que se sabe”), movilizan algunos de estos recursos para hacer su propia creación discursiva “propia creación para hablar un español”). Aunque se refiere a una situación límite concreta, este fragmento revela el mecanismo general a través del cual el conocimiento lingüístico (es decir, el repertorio de recursos lingüísticos que puede pertenecer a más de una tradición idiomática) es movilizado por los hablantes para dar forma a su discurso. Esto sugiere que la *lengua* no es un objeto total y completo, inmóvil y separado de la actividad de *hablar*, sino más bien el momento estructurador del habla que consiste en movilizar recursos para dar forma al discurso.

Hablar es una actividad asociativa. El análisis de los fragmentos (4) y (6) nos lleva a afirmar que hablar es una actividad que establece lazos asociativos. En (4), Hernando explica que enseñar mapudungun en Santiago ha ayudado a crear una comunidad (“me ven acá y me dicen *mari mari*, *peñ*, ‘hola, hermano’ ¿Por qué? Porque yo hice comunidad”), lo que le lleva a afirmar que “la lengua es comunidad”. Se da cuenta de que el propio acto de hablar conlleva un poder asociativo. Del mismo modo, en (6), al informar sobre el proceso de integración de migrantes haitianos y chilenos en su barrio, relata que su vecino haitiano enseñó a la gente la palabra criolla *masisi*, y que este término, ya sin connotación peyorativa, se ha extendido en el vecindario, utilizándose para establecer vínculos entre estos dos grupos. Según Hernando, este emigrante haitiano encontró en esta palabra una forma de marcar su presencia (“Aunque sea con insolencia, pero quiere él marcar espacio”), así como su deseo de relacionarse con los demás en un contexto urbano multicultural (“El que habla fecunda, y el que no habla muere”).

Hablar es una actividad territorial. Reflexionando sobre su experiencia, Hernando afirma, en (3), que se habla de acuerdo al territorio, ya que es la dinámica de cada entorno la que moldea la dinámica de su repertorio lingüístico y su discurso. Hernando pasa de un territorio a otros y, por lo tanto, de una formación idiomática a otras, de una modalidad del español a otras. Su periplo

comienza con el mapudungun y el español rural, luego pasa al español popular de la clase trabajadora y, finalmente, al español usado en entornos académicos. Esto nos sugiere que, en realidad, toda la actividad del lenguaje, tanto en su aspecto discursivo como estructurante, se ve afectada por el territorio en el que se despliega, siguiendo así su incesante proceso de metamorfosis.

*Hablar es una actividad indexical*¹⁷. Hernando plantea, en (5), que la ciudad es un espacio estratificado en el que existen múltiples barreras socioeconómicas y culturales (“hay lugares que nosotros no entramos”). Uno de los factores que contribuye a esa estratificación es la modalidad de habla. Existen en Santiago ciertos rasgos socio-indexicales capaces de actualizar distinciones y desigualdades (“hable para conocerte, para saber si [...] puedo ser tu amigo”). Como resultado, se evitan los encuentros entre determinados grupos y se levantan muros invisibles, especialmente entre los inmigrantes mapuches y los que viven en los barrios de lujo de la ciudad. Cada grupo se encierra en su propia esfera (“viven en su mundo”), tiene su propia modalidad de habla (“hay islas lingüísticas también”). Sara, igualmente, habla de la estratificación que marca la diferencia entre grupos socioeconómicos. En (8), por ejemplo, dice que su forma de vestir y de hablar marca la diferencia entre ella y el grupo de trabajadores. Cuando se le pregunta si la diferencia en el habla es una cuestión de vocabulario, señala que también hay otros indicadores muy significativos: la entonación y el estilo del habla (“son palabras, pero los tonos. [...] la, la forma de ser más directa, o menos directa al decir las cosas, también”). Esta afirmación sugiere que, para ella, la relevancia lingüística no se limita a los fonemas y sus alófonos o a la sintaxis del enunciado: también incluye los elementos prosódicos y los giros de los enunciados, ya que son portadores del significado social que puede producir distinciones y jerarquías. Esto equivale a decir, a un nivel más profundo, que el habla es una práctica social que puede marcar y reproducir en cualquier momento distinciones y desigualdades sociales. Cuando Sara dice que “el lenguaje manipula la situación” (15), está sugiriendo que el lenguaje es un actor político que actúa en la vida social. Pero las distinciones sociales y la fragmentación no sólo se dan entre grupos socioeconómicos muy diferenciados: también pueden darse dentro de cada uno de estos grupos. En (11), Sara describe las distinciones entre miembros de un mismo grupo social acomodado que se diferencian según su movilidad. Los que siempre han vivido en Santiago pueden querer diferenciarse de los que han pasado algunos años en otra parte del país. Uno de los vectores de esta diferenciación es el idioma (“nos molestaban en Santiago, a mí y a mis amigos de Osorno, por las palabras que usábamos”).

Se han forjado términos para designar las categorizaciones sociales más destacadas de la ciudad. En (9) y (10), Sara aclara el significado de algunos de estos términos de uso común: *cuico*,

17 Se retoma el concepto de *indexicalidad* definido por Blommaert: “we need to think of linguistic signs as being indexically organized, where indexicality stands for the projection of sociocultural function onto semiotic form. Such projections of functions may be widely diverse, and the range of possible functions for linguistic signs is far larger than just their conventional linguistic functions” (2010).

“persona de altos recursos, con buena educación, que puede ser muy pretenciosa”; *flaite*, “persona de menos recursos asociada a la delincuencia”; *peloláis*, “muchacha de la clase alta, bonita, algo superficial, de pelo lacio y rubio”. De este modo, la lengua permite a los hablantes referirse al mundo social, diferenciando grupos y posiciones relativas, e inscribiendo en él a los habitantes de la ciudad. Existen, igualmente, rasgos lingüísticos que se han convertido en marcadores de pertenencia a determinados grupos sociales. En (12), (13) y (14), Sara da algunos ejemplos. Para designar la comida de la noche, los cuicos utilizan la palabra *comer*, mientras que evitan y estigmatizan la palabra *cenar*, más utilizada por las clases medias y trabajadoras. La alta frecuencia de la muletilla *como que* distingue a las mujeres jóvenes cuicas. Del mismo modo, la expresión *tomar once* (“tomar té”), muy extendida en las clases medias y trabajadoras, se evita cuidadosamente en los sectores acomodados. Cabe señalar, finalmente, las formas de trato (*usted* está bien / *tú* estás bien / *estai* bien), que son una constante en la interacción de las personas, y que expresan horizontalidad o verticalidad (tú /usted) y una gradación que va desde la distancia hasta la cercanía afectiva o social (usted, tú, voseo verbal).

5.3. Imbricación lenguaje-ciudad

Sara y Hernando hablan de la ciudad, pero también podríamos decir que es la ciudad la que habla a través de ellos. La ciudad necesita el lenguaje para seguir funcionando. Es más, los dos hablantes hablan del hablar en la ciudad, al tiempo que revelan que el habla necesita un entorno para producir significado. De este modo, como en la cinta de Moebius, la dinámica urbana se prolonga en el lenguaje; y el lenguaje, en la dinámica urbana. La ciudad, por tanto, no es la superficie externa sobre la que hablamos, sino más bien la esfera de relaciones en la que se da una interdependencia simbiótica entre la ciudad y el lenguaje.

Tal relación simbiótica se expresa o permanece subyacente en las palabras de nuestros entrevistados. Para ellos, hablar en la ciudad significa al menos cuatro cosas: a) realizar una creación discursiva para conectar con el entorno urbano y satisfacer las necesidades comunicativas de la vida cotidiana; b) establecer conexiones entre el discurso de unos y otros, y entre estos discursos y otros elementos pertenecientes a órdenes diferentes, como los ingresos, la vestimenta, el lugar de residencia, el grado de educación, la movilidad, la preferencia política, el color del pelo o de la piel; c) insertarse y participar en uno o varios ámbitos de conexión (territorios) de la ciudad, porque al entrar y salir de estos ámbitos, o al cruzarlos, los hablantes renuevan sus recursos lingüísticos y comunicativos; d) poner en funcionamiento diversos órdenes de indexicalidad.

6. Conclusión

Se ha podido constatar que Sara y Hernando perciben aspectos lingüísticos que los lingüistas a veces negligencian: por ejemplo, el carácter dinámico, plural, relacional y conflictivo de la actividad de hablar, o la dimensión social y política del lenguaje. También se ha visto que, basándose en sus experiencias y testimonios, los hablantes demuestran un conocimiento intuitivo de la lengua bastante profundo. Por último, se ha observado que el punto de vista de los hablantes pone de manifiesto la estrecha relación existente entre el uso de la lengua, la percepción y la valorización de las formas lingüísticas y las dinámicas urbanas. Lejos de separar la vida urbana y la actividad lingüística, hacen hincapié más bien en su mutua imbricación.

Referencias

- Antileo Baeza, Enrique & Claudio Alvarado Lincopi. *Santiago waria mew. Memoria y fotografía de la migración mapuche*. Ediciones Comunidad de Historia Mapuche, 2017.
- Asociación de Academias de la Lengua Española (ASALE). *Diccionario de americanismos*. ASALE, 2010. <https://www.asale.org/damer/>
- Blommaert, Jan. *The Sociolinguistics of Globalization*. Cambridge University Press, 2010.
- Descola, Philippe. “Les pliures du monde”. *Panorama de la pensée d’aujourd’hui. Entretiens*, editado por Aliocha Wald Lasowski, Fayard, 2016, págs. 712-734.
- Merleau-Ponty, Maurice. *Signes*. Gallimard, 1960.
- Morin, Edgar. *La voie. Pour l’avenir de l’humanité*. Fayard, 2011.